

LOS LIBROS DEL PLA: VINO DE MESA Y DE CONSUMO RÁPIDO
Isidor Cònsul

-Isabel Olesti, Dibuix de dona amb ocells blancs. Premi Josep Pla. Edicions Destino. Barcelona, 1995. / Manuel Bofarull, Figures vora el rec. Columna. Barcelona, 1995.

-

Del alud periodístico generado por el escándalo del último Josep Pla, me quedo con la esgrima de fino estilista de Joaquim Molas, miembro del jurado, que vino a decir algo así como que la tradición del premio aconsejaba no dejarlo desierto y, tras años de singladura, la opción siempre había sido premiar, cuando la había, una obra importante, o conceder el galardón, en el caso que dicha maravilla no existiera, al que apuntaba mejores trazos entre los títulos presentados. De la historia más reciente del premio y junto a libros que han pasado discretamente de puntillas, recuerdo un par de títulos de empaque y alta calidad literaria, Illa Flaubert, de Miquel Àngel Riera, el 1990, y Dins el darrer blau, de Carme Riera, el 1994.

A tenor de lo leído, la cosecha de 1995 se presenta un tanto agostada y parece evidente que ni las uvas ni el grado no dan para un caldo de categoría excepcional. Solamente para un vino peleón, de consumo rápido, aunque mejor que el que ofreció la serrana de Tablada al Arcipreste de Hita (e diome vino malo / agrillo e ralo). El combate final, con las consabidas dimisiones y tumulto, se dirimió entre las narraciones de Isabel Olesti, Dibuix de dona amb ocells blancs, que finalmente se llevaron el gato al agua, y la novela de Manuel Bofarull, Figures vora el rec, que se filtró primero

como probable ganadora, renunció más tarde a la fórmula ex-aequo propuesta como alternativa de compromiso y acabó retirada de la lid en otra escudería editorial.

Dibuix de dona amb ocells blancs es un conjunto un tanto irregular de narraciones presididas por un clima de agobio y angustia, deudoras de la estética de cotidianidad del cómic urbano, construidas a menudo por estrategias vinculadas al recuerdo y atravesadas por aromas apelmazados que se filtran hasta sus pliegues más íntimos. Narraciones de tiempo lento, minuciosas hasta una cierta exasperación, rondando a veces la pesadilla y que abundan en la presentación de paisajes degradados física y moralmente, geografías humanas en ruinas y un panorama tambaleante de escombros, sordidez y basura. La autora no siempre consigue que sus piezas encajen en las coordenadas de estricta relojería que debe presidir un buen artefacto narrativo, pero algunas veces los cuentos saltan redondos y limpios para demostrar, cuando se leen con atención, que un buen cuento, como un poema -y cito al maestro Cortázar- es el combate que se gana por K.O., mientras que a la novela sólo se la vence a los puntos. Hurgando entre las diecinueve narraciones de Isabel Olesti, creo que Stromboli funciona como una pieza de contundente madurez, y algo por el estilo se puede decir de la asfixiante sordidez de Nèctar, de la gracia limpia de Aroma de Bustelo, del ejercicio de angustia que supone Línea o de la pesadilla que habita los sueños de Desdibuix hasta que se pierde por el roto de la sábana. Y lo que me parece más importante, pese a la clara irregularidad del conjunto, es el salto adelante que supone este nuevo libro de Olesti respecto de aquel Desfici que, en 1988, se

llevó el premio mayor de los Octubre valencianos.

La novela de Manuel Bofarull, Figures vora el rec, es otra cosa, un libro que promete más de lo que da para acabar asemejándose, de fondo, a la fórmula del charlatán de feria que el autor utiliza como estrategia estructural. Esa suerte de discursos desenvueltos y picarones que comenzaban como algo gracioso para acabar siendo una losa más bien pesada y difícil de digerir. Es por ello que cabe avisar que no se trata ni de una narración histórica, ni de una obra de misterio, ni de una novela de fondo carlista. Más bien se comporta como una larga narración armario o como una novela percha donde se van colgando, a medida que entran en escena, los personajes que pueblan sus páginas. Por ello, tal vez sea más correcto hablar, como conjunto, de una suma de historias personales, ese taco de figuras que se van reuniendo a ambos lados de la acequia, al lado de un cadáver aparente, y que forman por simple adición el cuerpo de la novela. Una obra que se lee con facilidad, que tiene sus momentos de luz en la gracia de algunas de esas anécdotas de ruralidad profunda y en la frescura de un lenguaje juguetón vivo y colorista. A su vez, fiel a los mismos despropósitos de los charlatanes de feria, la novela se descompone en un final precipitado que rinde homenaje, no obstante, a la literatura y a los paisajes de Joan Perucho.

Isidor Cònsul